

Biblioteca de «EL INTRANSIGENTE»

SOCIALISMO

Y

Libre-Pensamiento

POR

ADOLFO VÁZQUEZ-GÓMEZ



MONTEVIDEO

IMP. NUEVA CENTRAL, 25 DE MAYO NÚM. 427

1895

SOCIALISMO Y LIBRE-PENSAMIENTO

*A mi distinguido y respetado amigo el con-
secuente y honrado libre-pensador, Dr. Luis Me-
lian Lafinur, en testimonio de admiración y sim-
patías de S. S.*

A. Vázquez-Gómez.

Montevideo, Septiembre de 1895.

I

El socialismo se funda en el derecho á la conservación de la vida, que creen sus partidarios tiene toda criatura humana al nacer en el seno de la sociedad. El medio que las diversas escuelas socialistas proponen para satisfacer este derecho es la organización del trabajo por medio de la asociación. Estos principios son comunes á todos los sistemas sociales. Sus diferencias están en la diversidad de medios, de formas y de condiciones que proponen para resolver el problema de la asociación.

EVARISTO VENTOSA.

Aparece la aurora. Se vislumbran mejores días. Por doquier se extiende la luz. La discusión es camino de progreso. La libertad de hablar y escribir, otrora condenada y perseguida por la misma Iglesia que á su amparo vive hoy, permite la expansión del espíritu y el coronamiento de la verdad. La revolución de ideas se realiza, á la vez, en los órdenes político, religioso y social. Prueba de esto último la tenemos en la conducta del proletariado. Esa conducta es dignificante. En el propio esfuerzo, encontrará la salvación el hombre que quiera poseer la plenitud de sus derechos.

Inútiles que los clericales den gritos descompuestos ó intenten la formación de Círculos Católicos de Trabajadores. Los obreros quieren realidades y no falsas promesas de bienestar en la otra existencia, efectuadas por los que la pasan aquí muy regalada. Es en vano, por lo tanto, ese afán ridículo de pretender probar que la iglesia es la única que puede redimir á los trabajadores.

Los que han tenido al pueblo durante largos siglos vilipendiado y despreciado y los que han mantenido la servidumbre durante toda la Edad Media y han bendecido la esclavitud de los negros hasta ayer, pretenden hoy ofrecerse como los libertadores y emancipadores del proletariado. Osan más, osan acusar de las desdichas del obrero á los revolucionarios.

De suerte--escribe Fernando Lozano,--que, á creerlos, los partidarios de la emancipación del obrero no son los que á su cabeza, en las manifestaciones, en los *meetings* y en las barricadas llevan la bandera de las *ocho horas de trabajo* sino los clérigos que, en las capillas de los fuertes banqueros y de los fabricantes, oran porque Dios les conserve eternamente sus millones y su señorío pleno sobre los operarios que trabajan catorce horas y tienen á sus hijos hundidos en la ignorancia y á sus hijas entregadas á la prostitución.

Así los mantenedores de este régimen que tiene esclavo, envilecido y prostituido al infeliz obrero, esos clérigos aduladores de reyes y capitalistas, se quieren ofrecer como sus redentores y salvadores. Solo les faltaba á los señores ultramontanos pedir patentes de monopolizadores absolutos. ¡Ellos, los inservibles, los perjudiciales, los que nunca intentaron cosas de provecho general!

Y ¿quienes son? ¿que han hecho?—Impios, son los eternos enemigos del hombre emancipado, y nada intentaron en beneficio de la humanidad. Su Jefatura Suprema, su Institución ultra, no solo combatió los derechos del prógimo sino que no ha legado nada útil; ni el telégrafo, ni el ferro-carril, ni la imprenta, ni algunas de aquellas invenciones favorables al perfeccionamiento. En su lugar, ha inventado lo siguiente:

El agua bendita, en el año 120 de la Era Cristiana. La penitencia en 157. El monaquismo, el 384. La misa latina, el 391. El óleo santo, el 550. El purgatorio el 553. La invocación de María y de los Santos, el 993. La campana el 1000. El celibato, el 1115. Las indulgencias el 1119. Las dispensas el 1200. La inquisición el 1204. La confesión auricular, el 1215. La inmaculada Concepción, el 1854. La infalibilidad del Papa, el 1870. El prisionero del Vaticano, el año 1871. El óbolo de San Pedro, el 1832. El jubileo (?) de Leon XIII, el 1888.

¡Grandes inventos sobre los cuales se alza el pedestal del Santo Oficio que quemaba á los no fanáticos—como quemaría hoy á los socialistas—para evitar, caritativamente, la efusión de sangre!

II

Preciso es hablar claro en presencia de la evolución que se está operando en el seno de la gran masa trabajadora. A

los liberales, que hemos roto las cadenas de la servidumbre, mantenidas por la Iglesia; nos toca deslindar posiciones y decir lo que sentimos acerca de la importante cuestión social, que está hoy discutiéndose en la teoría y en la práctica. Ha sido y es el libre-pensamiento quien ha construido y está construyendo la ciencia social y quien consagra el derecho del obrero á hablar, á escribir, á reunirse, á asociarse, á luchar y moverse en todas direcciones para constituir, conforme á los solos principios de la razón, la nueva sociedad.

Donde quiera que se nota la emancipación del obrero, allí se encuentran nuestros correligionarios. Así Jaurés, el insigne corifeo parlamentario de los socialistas franceses, es libre-pensador; así, en Bélgica, donde las sociedades libre-pensadoras han sido la base de operaciones del gran triunfo en las elecciones últimas, han ido y van al frente Héctor Denis, el sabio liberal, y Fournemont, el tribuno, á la vez, de la causa librepensadora y socialista. Los socialistas allí eligen sus representantes á los libre-pensadores. No olvida el proletariado--exclama Demófilo--que el bendito César de Paeppe, el compañero de Marx, fué, á la par, el padre del socialismo y de las sociedades librepensadoras.

Impónese, al liberalismo, el dar á conocer los deseos del trabajador. Hay que levantar los cargos que á este se hacen, en la mayor parte de las ocasiones. Hay que cooperar á la conciencia de las tareas de la clase obrera, evitando que, por error, caiga en las exageraciones. Para ello, es menester marchar con lealtad, llevando erguida la frente, la mano puesta sobre el corazón y la mirada fija en el límpido espejo de nuestra conciencia. De este modo, no será difícil arribar á soluciones tan convenientes para los de abajo como para los de arriba. La fraternidad universal ha de realizarse amándose como hermanos, no combatiéndose como Caines.

Sabido es que el socialismo tomó cuerpo, tanto en el mundo de las ideas como en el de los hechos, a poco de comenzada la gran revolución francesa del siglo pasado. Fourier, Owen y San Simón fundaron las escuelas que llevan sus nombres; y, con razón, expresa un ilustre escritor que, desde la aparición del cristianismo, no había germinado una idea que tan hondamente removiera las capas mas profundas de la sociedad. Su existencia está unida á la de la República. Luis Blanc, Considerant, Cabet y Leroux dieron vida á la de 1.848.

Con el pensamiento socialista simpatizaron personas de todas clases y condiciones. El mariscal Bugeaud y otros ciudadanos distinguidos, hicieron acto de presencia y adhesión en diversas manifestaciones falansterianas. Y la palabra era seguida del ejemplo, al extremo de que, cuando se intentó ensayar una colonia en Tejas, se llegó á reunir un capital de ocho millones de reales. En España, á pesar del absolutismo oficial que entonces imperaba allá, hubo diputados á Cortes, notables escritores, intendentes y acaudalados propietarios que contribuyeron á la propaganda iniciada. Las persecuciones sufridas por el socialismo despertaron la curiosidad del mundo y contribuyeron á su acrecentamiento.

Muchos, dice Ventosa, al escuchar la palabra socialista, esperan ver tras ella al ladrón que debe despojarle de su fortuna. No obstante, en Inglaterra, en Suiza, en los Estados Unidos de la América del Norte, no ha producido en un principio tales efectos ni ha provocado revoluciones, ni sublevado á los ricos contra los pobres, ni destruído nada, ni espantado á nadie. Lejos de esto, le hemos visto ser friamente practicado por muchos ricos, que han contribuído con ses capitales á la fundación de comunidades y asociaciones cuyo solo nombre es un crimen para los que condenan sin oír y hablan sin estudiar las cuestiones que tratan.

III

Los tiempos obligan á cambios. Pio IX, anti-socialista, fué inflexible con Lammenais, Montalendard y Lacordaire. Leon XIII, viendo el progreso del socialismo, de que el año 78 habia abominado como de *mortifera pestilencia*, adoptó en su célebre Enciclia *De condit one opifucum*, no pocas de sus soluciones. Esa conducta de Leon XIII la adoptara en Francia en un principio, Napoleón III. Y esto expresa algo: expresa que, en el fondo, es innegable la bondad del socialismo, el cual ha de enseñorearse del mundo. Por eso, los ultramontanos como Gibons, Maung, Hetteler, Mermillod, Vogelsang y el conde de Mun compusieron el llamado socialismo católico, refrescando las tanto tiempo olvidadas reminiscencias evangélicas, para justificar su actitud.

Debemos, empero, prevenirnos contra la conducta de la Iglesia. Hay—escribe Alfredo Calderón—contra el pretendido socialismo católico un argumento incontestable. Se puede tener

fé en la eficacia del aceite de hígado de bacalao para combatir la debilidad y el raquitismo. Pero si alguien que viviese usándolo desde su más tierna infancia degenerase, á pesar de ello, en débil y raquítico, mal acogido sería quien le recomendase el tal aceite como remedio á su dolencia. Mil novecientos años de catolicismo no han impedido que la lucha social surgiera. ¿A quien puede ocurrírsele que se halle en el catolicismo la solución de la lucha social?

La convicción de la ineficacia, mas aún del mal de la Iglesia, impele á los trabajadores á moverse sin el concurso de los neo-católicos. Al contrario, los combaten. En esa independiente forma, se verificó el Congreso de Zurich. En dicho Congreso, se adoptaron, entre otros, los siguientes acuerdos:

Proceder contra las ambiciones de las clases dominantes; oponerse á las concesiones de créditos militares; abogar por la paz, pedir el desarme; insistir sobre la protección legislativa á las obreras; celebrar la fiesta de 1.º de Mayo; luchar en los comicios: demandar la jornada de ocho horas; organizar, societaria y políticamente, la clase obrera; agitarse por medio de hojas, conferencias, periódicos y manifestaciones; reclamar de los gobiernos una conferencia internacional para establecer en todos los países la referida jornada de ocho horas; verificar la formación, nacional é internacional, de sociedades de resistencia, declarando que los trabajadores agrícolas están obligados á organizarse por oficios.

El Congreso acordó también: constituir Federaciones Nacionales y, con estas, la Internacional; establecer Bolsas de Trabajo; romper con determinados partidos políticos; declarar el derecho de la sociedad al suelo y al subsuelo; tratar con primacía, en el primer Congreso, la cuestión agraria; fijar la jornada de seis horas para las mujeres menores de 18 años y el descanso no interrumpido de las mismas, por 36 horas seguidas, cada semana; abogar por la supresión, para el bello sexo, del trabajo nocturno, y por la prohibición del trabajo de la mujer en toda industria perjudicial para la salud; abogar, de igual modo, por la prohibición del trabajo de la mujer en cinta, dos semanas antes, y cuatro después, del alumbramiento; y solicitar el nombramiento de inspectores de trabajo.

Así planteadas las tendencias socialistas que, en otro opúsculo, ampliaremos, no existen motivos para mirarlas con horror, para asustarse de ocuparse en ellas, para repugnar la

lectura de los artículos, de los folletos y de las obras en favor suyo. Es preciso afirmar muy alto y muy claro que si la cuestión social no se resuelve con petardos ni con bombas ni puñales—sinó por la organización, la ilustración y la cohesión pacíficas de las fuerzas populares—tampoco se pondrá coto á los exaltados ni se eludirán los deseos justos de los obreros pacíficos con el empleo de sistemas extremos.

Y del mismo modo que á los obreros les reiteramos, con Fernando Lozano, que á la organización, á la ilustración y á la cohesión pacíficas de las fuerzas se debe, por ejemplo, en Alemania el triunfo socialista—verdadera y eficaz bomba, que hizo bambolear el imperio—del mismo modo, decimos, reiteraremos, en todos los tonos, á los gobernantes, á los capitalistas y á los pensadores, que la apatía por las cuestiones sociales representan, según la frase de Sánchez-Perez, el anarquismo blanco, produciendo esa apatía y las penas excesivas, lógicas efervescencias incommensurables.

IV

Cuantos nos conocen, saben que siempre el proletariado nos mereció las mas vivas simpatías y no ignoran que hemos considerado como propia la causa sacrosanta que tiende á la emancipación del trabajador. En ese sentido, y como miembros del Congreso Liberal, hemos votado, sentando así necesarios preliminares, las siguientes conclusiones:—«La Ley debe proteger al obrero é impedir los abusos que trae, como consecuencia, el pauperismo»—«La infancia y la mujer en cuanto se refieren al trabajo y á la moral pública, deben ser eficazmente protegidas por la Ley, y, en su defecto, por la iniciativa privada.»

La verdad es, dice Demófilo, que no puede continuar la organización social existente. El Cristo lo declaró: *los hombres son iguales*; y esta verdad se halla escarnecida. El obrero cae, aplastándose, de los andamios, para construir los palacios que ha de gozar el rico; el obrero se asfixia ó aplasta en las minas para sacar la plata que enriquece al capitalista; el obrero toma el fusil y va el ejército para defender la casa, el campo y los bienes que solo disfruta el propietario. Todo lo hace y lo trabaja el pobre, para que todo lo goce, sin trabajar, el rico.

Han de convencerse, pues, los gobernantes, los capitalistas y los pensadores de que toda idea relacionada con las clases

proletarias, debe estudiarse maduramente, considerando que la ley del progreso es ley inmutable y que las aspiraciones del pueblo, las reformas sociales, vienen cumpliéndose con arreglo á esa ley. Nos lo dice, agrega el insigne Pi y Margall, la misma historia de la esclavitud en los últimos cuatro siglos. Nos lo dice también, la lucha contra el feudalismo, vencido solo en los últimos años del pasado siglo, á pesar de los esfuerzos que contra él se hizo después de la guerra de las Cruzadas, ó lo que es lo mismo, desde la reconstitución de los Municipios. Nos lo dicen los últimos años de luchas políticas y religiosas en pró de la libertad que proclamamos.

Con sentimiento hemos leído, por lo tanto, las opiniones de *El Nacional*, desfavorables al movimiento socialista. Y nuestro sentimiento está justificado, no solo por lo que en si importa—è importa mucho—el diario citado, sino por la representación, que ostenta, de su partido y por encontrarse hoy al frente de tan estimado colega el doctor Eduardo Acevedo Diaz, escritor admirado y luchador republicano, simpático ante sus compatriotas y ante los extranjeros. Por más que no consideremos autor del artículo en que se reflejan esas oponiones al doctor Acevedo Diaz, es lo cierto que aparece como solidario de ellas desde que su nombre figura como Director y Redactor en Jefe, que es, de aquel diario.

He aquí como se expresa *El Nacional*:

« La acción de la propaganda ha tomado por teatro la
« masa ignorante del país que, deslumbrada por las esperan-
« zas de una mentida igualdad, de una futura disminución de
« tareas acompañadas de un aumento de comodidades, se
« deja arrastrar á entusiasmos posibles de degenerar en des-
« órdenes en que, sin beneficiarla particularmente, puede
« perjudicar en cambio nuestro comercio é industrias nacio-
« nales.

« En nuestro concepto, todos los trabajos tendentes á or-
« ganizar los gremios en asociaciones semejantes á las que
« existen en las ciudades europeas, son prematuros y contra-
« producentes.

« Prematuros, porque felizmente aún nos hallamos muy
« distantes de las condiciones difíciles de las ciudades euro-
« peas y el obrero aquí no sufre los rigores de la miseria
« como sus hermanos en el viejo continente.

« Contraproducentes, por que operan sobre inteligencias
« oscuras, donde facilmente germinan ideas y resoluciones

« en abierta oposición con los verdaderos intereses y conveniencias de jornaleros y patronos. »

Si el diario nacionalista nos permite, llamaremos se atención respecto á los acuerdos, adoptados en el Congreso Obrero de Zurich. Por ellos, comprenderá que esa masa, en la que abundan cerebros perfectamente organizados, hombres estudiosos, no camina en pos de mentidas igualdades. Lo que procura son realidades prácticas, cansada precisamente de las mentiras... No hay nada deslumbrante en las bases que sirven de programa al movimiento proletario condenado por *El Nacional* y que no perjudicará nunca al comercio honrado ni á la industria ejercida con conciencia.

No son, no, prematuros ni contraproducentes los trabajos realizados para organizar los gremios en asociaciones semejantes á las de Europa ni existen sérios motivos para temer desórdenes. La clase obrera, y aun la clase media, se encuentra aquí, en la actualidad, en situación difícil y bastante explotada por diversos fuertes capitalistas, convertidos en usureros. La miseria impera en el campo, en los conventillos de las ciudades y fuera de ellos.

Sin causa fundada, no se pondría en acción el proletario que si, como todas las grandes masas, incluso las políticas y religiosas, cuenta con ignorantes en su seno, dispone así mismo de hombres ilustrados, algunos de los cuales—como en Montevideo observaron los redactores de *El Día*, *La Tribuna Popular*, *El Ejército Uruguayo*, *El Estudio* y *EL INTRANSIGENTE*—merecen un distinguido lugar entre cuantos se dedican al estudio del socialismo teórico y del socialismo práctico.

Si la ignorancia de las mayorías de todas las colectividades fuese motivo de la desaparición de estas, tampoco podría existir el partido á que *El Nacional* pertenece, ni podrían existir los demás partidos políticos y las escuelas filosóficas de Europa y América. Por fortuna, lo que el colega escribió no es mas que una opinión personalísima, que ya se encargarán de refutar Alberto Mario Lazzoni, José Campelán, Armando Legnazzi, Antonio Taibo, Angel Canaveri, Pedro Denis, Francisco Berti, y tantos y tantos luchadores que impulsan en nuestra República ese movimiento, del cual ha dicho el mismo *Nacional* que, aun cuando lentamente, se efectúa con arreglo á un plan lógico, ordenado y práctico.

No faltan, como se ha visto, quienes se asustan de la palabra, sin estudiar la obra. Tampoco escasean los que, con un baño de superficial erudición, tercián en la contienda haciendo pinillos sociales y económicos, que provocan sonrisas burlescas entre los que, por necesidad ó por amor á la emancipación humana, conocen á fondo la cuestión palpitante. Es menester que se produzca la luz para unos y otros.

Como precedente, bastaría expresar que el propio Leon XIII, segun es sabido y nosotros ya hemos significado, se inclina, por lo menos en apariencia y aun cuando sea por interés y cálculo, al lado de las aspiraciones proletarias. El Papa comprende que, en este siglo, no es factible negar las evidencias y procura verificar una discordante amalgama, imposible de realizar en cualquier tiempo, de catolicismo y democracia, asegurando que los problemas del dia solo él los resolverá; *barriendo para adentro*, en suma, como dice de Butrón, en PEQUEÑECES, el P. Luis Coloma. Por eso, habla así el Pontifice:

«Si por socialismo se entienden las tentativas hechas para mejorar de un modo progresivo, prudente y razonado la situación de las clases desgraciadas; si se aplica esa palabra á todos los esfuerzos hechos para obtener mas justicia social en el gobierno de los hombres, os responderé que no se puede buscar un fin mas noble.

.

Tratar la cuestión social con la conciencia de las graves responsabilidades que pesan sobre todos los que tienen riquezas y autoridad, es continuar la obra del Divino Maestro, y, por mi parte, no he dejado de hacerlo desde mi advenimiento al pontificado...»

De modo que se destaca la imposición natural de la idea, que tantos aquí combaten. Las declaraciones de Leon XIII, impulsadas bastardamente por el anhelo de fortalecer el Papado, son elocuentes. Revelan la bondad de la causa del proletariado y el cambio de la táctica de la Iglesia, que intenta adaptarse al medio ambiente para borrar, por un dia, sus largos siglos de dominación, crueldades, avaricias, guerras y establecimientos degradantes de clases, con groseros títulos y privilegios.

Que conste esto, sin olvidar que la humildad del clérigo predicada por Cristo, trocose en soberbia desde los primeros siglos del catolicismo hasta hoy. Que conste, sin perjuicio de replicarle al Pontífice que Papas y sacerdotes cambiaron la pobreza en opulencia y la castidad, al decir de las propias autoridades eclesiásticas, en fuente fecunda de impurezas. Que conste, pero sin hacer caso omiso de que Pio IX llevó al sepulcro la ilusión de un triunfo sobre la sociedad, de una abjuración de la ciencia y de una sumisión del mundo.

Lo que intentamos probar es que la palabra socialismo no es nada terrorífico y que su progreso es tan beneficioso que quien haya seguido con mediana atención las evoluciones de la época, comprenderá que la declaración pontificia, que se pretende falsamente hacer pasar como una iniciativa espontánea del socialismo papal, no es en el fondo, como afirma Alfredo Calderón, otra cosa sino una llamada, destinada á prevenir los excesos comprometedores de un celo ultramontano poco discreto.

Por lo demás, sabido es que la Encíclica del Papa sobre la cuestión social, podrian suscribirla por mitades—una cada uno—Bastiat y Lasalle. No obstante, ni el Papa ni sus admiradores serian capaces de recordar como San Basilio dijo que el rico es un ladrón; como San Juan Crisóstomo predicó las excelencias de la propiedad común, que Leon XIII rechaza; como, en sentir de San Gerónimo, es siempre la riqueza efecto del despojo; como, al decir de San Ambrosio, la propiedad privada procede de la usurpación; como, en opinión de San Clemente, ordena la justicia que todo sea de todos....

VI

La historia del triunfo del socialismo, es la historia del triunfo de la libertad, no la del triunfo del Papado. A poco de comenzada la gran revolución francesa del siglo pasado, tomó cuerpo el socialismo, tanto en el mundo de las ideas como en el de los hechos. Como hemos dicho, fueron fundadores de sus doctrinas Ovvén, San Simon y Fourier. Evangelistas y apóstoles de la reforma social lo han sido, entre otros muchos demócratas avanzados, Julio Chevalier, Cabet, Luis Blanc, Victor Considerant, Pierre Leroux y Cantagrel.

Un pensador escribe que los elementos radicales que siguieron á la revolución, viendo que no se curaban del todo, con las conquistas logradas, los males antiguos que se

reproducción bajo diferentes formas, comprendieron que la libertad sin organización era el caos, y se pusieron á investigar los medios de reorganizar la sociedad sobre las bases de igualdad y de fraternidad que había proclamado la revolución. De aquí--agrega--nació el socialismo.

Y no era, como por algunos se ha creído, equivocadamente, solo entre las masas donde hacia sus prosélitos. Todas las clases contribuían con su contingente, y, en tal forma, que según constata Evaristo Ventosa, al estallar la revolución de 1848, solo la escuela falansteriana recibía una renta anual de mas de veinte mil duros, resultado de los donativos voluntarios que los adeptos le remitían, para emplearlos en la propaganda de sus doctrinas, desde las mas apartado regiones. Y, en veinte años de propaganda, esa escuela solo había publicado mas de doscientos volúmenes, sobre todos los ramos del saber humano considerados bajo el punto de vista de sus principios, desde la filosofía y la religión hasta la frenología y las tablas logarítmicas; desde el crédito, hasta métodos de música y de numeración; desde la canción y la fábula, hasta los tratados de agricultura.

Ya, en otro libro, corroboraremos que los libre-pensadores fueron los compañeros, desde un principio, de los socialistas. Por hoy terminaremos declarando que, si hemos recogido la opinión de León XIII para enseñar á los timoratos y á los ignorantes neo-católicos, desde luego auguramos, con un ilustre correligionario, que el lírico y tibio socialismo papal, está condenado á irremisible fracaso.

Predicar á los pobres la paciencia y á los ricos la caridad no es, asevera Calderón, resolver el problema social. Los unos se han cansado de ser pacientes antes de que los otros se hayan decidido á ser caritativos. Aunque la predicación pontificia lograse enternecer el corazón de los opulentos, nunca se resignarán en lo sucesivo los pobres á recibir como limosna lo que reclaman como justicia.

En respuesta á los cantos de sirena, los socialistas colectivistas mantienen este principio: *á cada uno en proporción á la naturaleza del trabajo y al trabajo realizado*. El comunismo, por su parte, lleva este lema: *á cada uno según sus necesidades*. Y ambos ideales, dignos de estudio, merecen, á juicio de los libre-pensadores la meditación, la crítica razonada, el debate culto, la controversia ilustrada, pero jamás, jamás, la condena de muerte sin formación de sumario, que es lo que le acuerdan cuantos, sin tomarse la molestia de enterarse de lo que es el socialismo, lo abominan, fulminando contra él terribles anatemas.

EL INTRANSIGENTE

Publicacion Liberal de las Repúblicas Sud-Americanas

REDACTOR EN JEFE

Adolfo Vázquez-Gómez

OFICINAS EN MONTEVIDEO

122—Calle Buenos Aires—122

Inserta notables artículos de distinguidos escritores, nacionales y extranjeros. En sus columnas admítase toda discusión culta y razonada sobre cuestiones filosófico-religiosas y sociales. Aboga por la libertad completa de cultos y la incautación, por el Estado, de las posesiones de la Iglesia. Pide la libertad profesional. Combate enérgicamente el fanatismo, perturbador de la razón y origen de las desgracias del pueblo. Defiende la libertad de comercio, y, por consiguiente, la abolición de tarifas aduaneras no justificadas como remuneración de algún servicio. Denuncia todos los actos punibles del clero en el pasado y en la actualidad. Entiende que la Ley debe proteger al obrero é impedir los abusos, que traen en pos de sí el pauperismo. Trabaja por el predominio de la razón y del libre exámen, de la ciencia y de la filosofía. Protesta contra las explotaciones indignas, en cualquier orden que se manifiesten. Quiere que la infancia y la mujer, en cuanto se refieren al trabajo y á la moral pública, sean protegidas por la Ley y, en su defecto, por la iniciativa privada. Cree indispensable el jurado popular para toda clase de delitos, la supresión de la pena de muerte y la creación del sistema penal penitenciario con redención del castigo por medio de virtudes acreditadas. Demuestra que hay un peligro evidente en las asechanzas del confesonario, del culto fastuoso y de la limosna por intermediario. Es partidario de la contribución única y directa á cargo de las municipalidades. Solicita la autonomía municipal y departamental. Encarece la organización del trabajo. Lleva por lema, en suma, la declaración de principios formulada por el Congreso Liberal inaugurado en Montevideo, el 18 de Julio de 1893.

Los precios de suscripción son los siguientes:

Montevideo, mes adelantado	\$ 0.40
“ trimestre	“ 1.00
Campaña, mes adelantado	“ 0.50
“ semestre	“ 2.50
“ año	“ 4.50
Número suelto	“ 0.10
“ atrasado	“ 0.20

Los pedidos de obras de la *Biblioteca* y las suscripciones á *EL INTRANSIGENTE* deben formularse al administrador de la empresa, señor D. Juan Illa,